

La mano verde de Angélica

Federico Jeanmaire

Escritor1

Podría habérmela encontrado en cualquier otro sitio. Antes o después. Pero no. La conocí en Guadalajara, México. En la Feria del Libro del año 2005. La delegación argentina estaba compuesta por cuatro o cinco escritores. Y ella. Y la separo porque los mismos mexicanos, con toda razón y justicia, nos separaron. A Angélica la alojaron en el mejor de los hoteles y al resto nos mandaron a otro bastante menos importante.

Fue amor a primera vista.

Un flechazo.

Ella tenía problemas en sus rodillas. La habían operado y la volverían a operar muy pronto. Entonces, yo iba a buscarla cada mañana a su hotel y nos pasábamos el día juntos. Conversábamos de cualquier cosa, nos reíamos de cualquier cosa. Nos hicimos amigos entrañables de inmediato.

Lo sabía todo acerca de los libros.

Y lo sabía todo acerca de casi todo.

Poco tiempo después, me enamoré, y esta vez no platónicamente, de una mujer a quien, en nuestros correos electrónicos, comenzamos a llamar la italiana. Una relación escondida. La italiana tenía novio y solo podía verla cuando ella podía o quería. Yo lo sufría. Mucho. Y Angélica me aconsejaba desde sus mails. Hasta que un día, seguramente harta de mi sufrimiento, se cansó y me obligó a averiguar si realmente la muchacha valía la pena. La investigación consistía en descubrir la existencia o inexistencia de una mano verde. Si la tenía, le parecía muy correcto que siguiera sufriendo, pero, si no la tenía, esa historia no tenía ningún futuro y debía olvidarme de ella.

La chica no la tenía.

Era una negada para las plantas y para los árboles. No sabía sus nombres. Ni siquiera le interesaban.

Cuando le conté el resultado de mis investigaciones, Angélica no lo dudó, me dijo que esa chica no me merecía, que no valía la pena, que se quedara con su novio y que yo me buscara otra con la mano verde, que no perdiera más el tiempo.

Sabía de plantas y de árboles, Angélica.

Montón.

Muchas de nuestras charlas mexicanas giraban en torno a eso. Recuerdo, por ejemplo, que fue ella quien me avisó cómo se llamaba el árbol que más me había gustado en Guadalajara: flamboyán. Y terminé de entenderlo cuando, unos meses más tarde, conocí su casa y su jardín.

Prefiero en este momento recordarla así. Desde su risa y desde su mano verde.
No desde sus libros.
No creo que haga falta.
Hasta los mexicanos, tan al norte, sabían perfectamente que ella se merecía un mejor hotel que el resto de nosotros.

Nota

¹ Baradero, Argentina, 1957. Escritor. Sus novelas *Werra* (Anagrama) y *Darwin o el origen de la vejez* (Alianza) son sus títulos más recientes.